



RAMÓN TARRÉS

SIN IDENTIDAD

El origen


ESPASA

RAMÓN TARRÉS
SIN IDENTIDAD. EL ORIGEN


ESPASA

ESPASA  NARRATIVA

Una licencia de Atresmedia Corporación para Espasa. © 2015. Atresmedia.

© Ramón Tarrés, 2015

© Espasa Libros S. L. U., 2015

Diseño de cubierta: Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial, Grupo Planeta

Imagen de portada: © 2015 Atresmedia.

Imagen de contraportada: © 2015 Manuel Fiestas

Depósito legal: B. 12.801-2015

ISBN: 978-84-670-4494-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

1

Nada más llegar a casa de sus tíos, María había salido al porche para contemplar el escenario de su fiesta de cumpleaños. Las guirnaldas cruzaban el techo en todas direcciones. Globos de papel se alternaban con banderitas de países inexistentes en una serie de ristras que luchaban por mantenerse sujetas ante el viento de otoño que había empezado a soplar después de comer y que, según pasaban las horas, se volvía cada vez más impertinente. María siempre había pensado que cumplir años en noviembre era un fastidio. Con un poco de suerte aún salía un día bueno, pero casi siempre la fiesta en el porche duraba poco. Enseguida María y sus amigas corrían al salón a refugiarse del frío y seguían la celebración ahí dentro, mezclándose con los padres, los «mayores», que charlaban sentados en los sofás mientras bebían y fumaban. A María le parecía que, cuando esto sucedía, que era casi siempre, su fiesta perdía exclusividad. Dejaba de tener su propio espacio, su terreno único para ella y sus amigas, y se enturbiaba con las conversaciones sobre política, negocios y chascarrillos acerca de tal o cual conocido caído en desgracia.

María y sus amigas tardaban en encontrar acomodo en ese nuevo espacio mientras las empleadas de la casa

se apresuraban en meter dentro las bandejas de comida. Un ritual que se repetía casi todos los años y que a María no dejaba de sorprenderle. ¿Por qué empeñarse en hacer la fiesta en el porche cuando todos sabían que iba a terminar dentro del salón? Su tío insistía en que fuera así. Siempre aseguraba que este año sí haría bueno. Era su particular batalla con la realidad, convencido de que esta vez iba a ganarla por fin.

Ese año nada hacía pensar que las cosas iban a ser de otra manera. En mitad del porche helado, antes de que llegaran los invitados a su fiesta de cumpleaños, María veía como se agitaban las guirnaldas y el viento levantaba las esquinas del mantel. Volvió a pensar en que era un fastidio cumplir años en noviembre. Era mejor cumplirlos en primavera. O en verano, como Bruno. Todo era más fácil en esas fechas. Podían usar la piscina y la buena temperatura permitía alargar la fiesta hasta bien entrada la noche. Pero a María le había tocado noviembre y, a pesar de eso, Enrique se empeñaba en organizar la celebración ahí, en el porche, como si fuera una cuestión personal imponer su voluntad a la meteorología.

Consciente de que el devenir de la fiesta de esa tarde era irremediable, María se dedicó a repasar mentalmente todo lo que iba a suceder. Vendrían las de siempre: Tere, Amelia, Chusa, Merce... Y, por primera vez, un grupito de chicos: Luis, Floren, Eugenio y Andrés. Al pensar en ello notó cómo se agitaba dentro del abrigo que se había puesto encima del vestido de tirantes. Hoy lo estrenaba.

—¿Qué, prima, otra vez a pasar frío?

Bruno salía al porche cerrando la puerta del salón tras de sí.

—Bueno, si para el viento...

María lo decía porque era parte del guion, pero en el fondo, esta vez se alegraba de que la fiesta fuera a transcurrir dentro de casa.

—No parece. Este año os vais a volver a quedar sin jugar a la comba —dijo intentando dejarla en ridículo. Hacerla sentir una cría era una de sus aficiones últimamente—. Aunque con ese vestido que te has puesto, poco ibas a poder saltar.

María no estaba acostumbrada a vestir como vestía hoy y el comentario de Bruno hizo que se sintiera ridícula. Encogió los dedos de los pies dentro de los zapatos con un pequeño tacón que también estrenaba.

—Voy a ayudar en la cocina.

—A Andrés le va a encantar. Ya se te marcan bastante las tetas.

—Imbécil.

María entró en la casa lo más rápido que pudo. Quería evitar a toda costa que su primo viera que se había puesto roja como un tomate.

Iba decidida a cruzar el inmenso salón de la casa de su tío dispuesta a encerrarse un buen rato en el baño. Bruno se había quedado mirándola tras la cristalera del porche con una media sonrisa de suficiencia. De un tiempo a esta parte no dejaba de mirarla así. Conocía bien a su primo y sabía que era su manera de invitarla a jugar, solo que en esta ocasión María no sabía muy bien a qué. Es posible que ni el propio Bruno lo su-

piera. Lo único que podía dar por descontado era que, si aceptaba el reto, habría que jugar hasta el final. No tenía la más mínima intención de darse la vuelta. Un cruce de miradas habría podido ser un «sí» en la cabeza de Bruno, y ahora lo único que quería era estar sola, arrancarse el vestido, volatilizar su pecho, esfumarse. Pero justo cuando iba a cruzar la puerta del salón, se dio de bruces con su tío Enrique, que estaba recorriendo el escenario de la fiesta por enésima vez.

—¿Dónde vas, princesa?

—Tío Enrique...

—¿Qué te pasa? Estás sudando.

—Nada.

—¿No te quitas el abrigo?

Enrique se dispuso a ayudar a su sobrina a quitarse el abrigo, pero María lo agarró fuerte por las solapas para impedirlo.

—¿Tienes frío? A ver si vas a estar pillando una gripe... —dijo preocupado, no tanto por María como por lo que suponía perder a su talismán para la fiesta de esta tarde.

Posó el dorso de la mano en la frente de su sobrina para comprobar su temperatura. A pesar de lo incómoda que se sentía por lo de Bruno, María agradeció con alivio el tacto de la mano de su tío. Le habría gustado que ese gesto paternal de médico hubiera durado un poco más.

—No es nada. Ha sido al entrar de fuera. El cambio de temperatura —zanjó María, que, más calmada, señaló con un leve gesto de cabeza hacia el porche, que quedaba a sus espaldas.

Enrique sonrió aliviado y miró hacia fuera, donde Bruno seguía la escena sonriente.

—¿Qué te parece la fiesta que te he preparado?

—Bien. Pero lo de las guirnaldas...

—¿Qué pasa, no te gustan?

—Sí, pero... son un poco de niña.

Enrique entendió a la primera lo que le pasaba a María y soltó una carcajada.

—Para mí siempre serás una niña, aunque hoy cumplas catorce años.

—Pero no quieres que mis amigos se rían de mí, ¿no?

—Le diré a Antonio que las quite.

—No da tiempo.

—Para ti, hay todo el tiempo del mundo.

Enrique besó a María en la frente. Sabía que Antonio, el jardinero, iba a quitar las guirnaldas. El universo se movía al ritmo que marcaba su tío Enrique. No había discusión.

—¿Va a bajar tía Elisa?

Enrique no cambió su gesto, pero guardó silencio un par de segundos. Era el tiempo que tardaba en encontrar la respuesta adecuada cuando escuchaba una pregunta que no le gustaba.

—Está acostada. Pero seguro que si se encuentra mejor, bajará a la hora de la tarta. Ha sido ella quien te ha elegido el regalo.

Enrique sonrió para convencerse a sí mismo de lo que acababa de decir, aunque eso no ayudó a que María se creyera que era verdad.

—¡Antonio! —dijo Enrique mientras iba hacia el porche, decidido.

María le siguió con la mirada instintivamente y no pudo evitar terminar el recorrido en el porche. En la misma décima de segundo recordó que quería evitar a Bruno, tomó la decisión de apartar la mirada y se dio cuenta de que nada de eso sería necesario porque Bruno ya no estaba ahí. Soltó aire y tardó en volver a aspirarlo, dejando que su cuerpo quedara en suspenso por un instante. Esa décima de segundo de pánico había hecho las veces de catarsis y sus músculos, conscientes de que todo lo que había pasado por su cabeza tenía un punto ridículo, se aflojaron. María giró sobre sí misma y, despacio, salió del salón.

Después de dejar a María, Enrique bordeó la piscina y cruzó el jardín hasta el extremo opuesto, donde encontró a Antonio barriendo las hojas secas con un rastrillo. Después de ordenarle descolgar las guirnaldas se quedó ahí, mirando hacia la casa. Le gustaba contemplar la casa desde esa esquina. Podía ver todo lo que tenía en una única instantánea: el jardín con la inmensa alfombra de césped; los dos nísperos en un extremo y el viejo sauce al otro; la piscina, en esa época del año ya con el agua marrón y llena de hojas, como antesala de la casa, donde el famoso porche parecía sostener el edificio de dos plantas con el tejado de pizarra y un sinfín de enredaderas que trepaban entre el ladrillo blanco.

La luz de su dormitorio, que daba a esa parte del jardín, se encendió y la sombra de Elisa cruzó detrás de las cortinas. La placidez que acababa de sentir Enrique al contemplar su casa se esfumó y arrugó la frente.

Temió que su mujer fuera a levantarse y empezó a valorar mentalmente las opciones con las que contaba para impedirlo. Pero no hizo falta concretar. La sombra de Elisa cruzó de vuelta a la cama y la luz de la habitación volvió a apagarse. Respiró aliviado. Era consciente de la crueldad, aunque no tenía intención de hacerse responsable de ella. Mera cuestión de supervivencia. En la foto que Enrique había hecho de su futuro inmediato, su mujer solo emborronaba la imagen. No quería verse reflejado en el espejo que ella le ponía delante. No quería ver lo que ella quería que viera: el pasado que Enrique quería dejar atrás.

Desde que murió su hermana Beatriz, Elisa no había dejado de señalarle como el culpable. Más allá de lo que significaba serlo, lo que a Enrique le incomodaba era verse en un papel que hasta ese momento estaba hecho de omisiones y silencios. Sí, él asistió el parto de Beatriz. Él le quitó el bebé y lo vendió a una familia de Barcelona. Él le hizo creer a su cuñada que el bebé había muerto en el parto. Él fue quien provocó que Beatriz cayera en la depresión y acabara suicidándose. Podía decírselo una y mil veces, pero siempre a sí mismo, sin pronunciarlo en voz alta. Mientras eso fuera así, las cosas simplemente habrían sucedido y la gente implicada lo viviría como parte de una rutina, sin prestar atención, sin darse cuenta realmente. Lo que Enrique y los implicados en el parto de Beatriz se permitían decir es que la pobre acabó con su vida porque no pudo soportar la culpa de haberse quedado embarazada a los diecisiete años ni pudo con el peso de la desgracia que vino después.

Que Elisa rechazara ese relato y contara el otro, el real, obligaba a Enrique a apropiarse de lo que había hecho en realidad. Y no temía tanto por las consecuencias que iban asociadas a ello como por tomar conciencia de lo que era. Las acusaciones de Elisa no tenían que ver con la verdad. Tenían que ver con su identidad. Por eso hoy necesitaba que Elisa durmiera toda la tarde. Hoy Enrique no quería poner en primer término quién era. Quería que los demás, Otamendi el primero, vieran lo que quería ser.

Enrique iba a emprender el camino de regreso hacia la casa cuando escuchó el motor de un coche que venía de la parte delantera. Aún no era hora de que llegara nadie, así que solo podía tratarse de alguno de los coches que estaban aparcados dentro. Aceleró el paso, esta vez por el lado contrario que le había llevado a su rincón favorito del jardín.

Cuando llegó a la entrada se encontró a Francisco maniobrando para salir. Enrique le llamó alarmado:

—¡Eh, Francisco!

Francisco pisó el freno en mitad de la maniobra y bajó la ventanilla.

—¿Dónde coño te habías metido? —Francisco estaba nervioso y molesto—. Te he estado buscando por toda la casa.

—¿Qué pasa?

—Han detenido a Alfredo Palomar.

Enrique se quedó mirando a Francisco sin cambiar de expresión, como si mostrar cualquier reacción a su cuñado le fuera a delatar de algo.